

Lejos de aquí

L. SILLENS

Fuerzas negativas. En marzo de 1914, Kafka hace una larga anotación en la que se muestra dispuesto a irse a Berlín. El contexto es la angustia, más que la preocupación, causada por el insostenible tormento de que ¡Felice no le escribe! Flaquean sus esperanzas respecto a un posible porvenir doméstico en compañía de una mujer. Y en un momento dado alude a las “poderosísimas fuerzas negativas que hay en mí”. Muchos obstáculos pudo haber en la vida de Kafka, obstáculos más o menos parecidos a los que surgen en las vidas del resto de los mortales, pero el obstáculo, el gran obstáculo y el verdadero obstáculo, que hacía a los demás obstáculos distintos y les confería una dificultad no conocida en las vidas normales y corrientes, lo constituían aquellas fuerzas.

+ **El bosque.** “Si no me engaño mucho, me estoy acercando. Es como si el combate espiritual se librara en algún claro del bosque. Me adentro en el bosque, no encuentro nada y por debilidad me apresuro a salir pronto de él”, escribe el 27 de mayo de 1914. Una bienintencionada interpretación vería en esas palabras un signo de felicidad, por darle este nombre a lo que en realidad sólo sería una desgracia no excesiva. En esta época, en plena relación con Felice, en puertas de la celebración del compromiso matrimonial, Kafka no es todavía, no se ve todavía claramente convertido en un animal del bosque.

Para que esto llegara a ocurrir, su relación con Milena Jesenská parece haber tenido un papel decisivo. Hacia el otoño de 1920, le escribe a Milena una carta en la que se describe a sí mismo precisamente como un animal del bosque. Ella, Milena, es un habitante del claro. A esas alturas Kafka ha comprobado cómo el “combate espiritual” no se libra en el claro del bosque, sino en la espesura de la que en 1914 se apresura a salir.

No es lo mismo, ni mucho menos, entrar en el bosque de manera más o menos furtiva, salir luego y oír el com-

bate, “el fragor de las armas de ese combate”, desde fuera del bosque, que ser o más bien verse convertido en un genuino animal del bosque, el cual..., bueno, no es que haya hecho del bosque, de lo más intrincado del bosque, su morada, lo que sería completamente absurdo, sino que ve, experimenta, siente claramente cómo el bosque ha hecho de él uno de sus habitantes, ha sido el bosque el que ha decidido ser su morada. Animal que cuando asoma su triste figura en el claro no puede evitar sentirse un extraño, incluso ante la persona a la que ama o podría llegar a amar, o bien, a la que podría haber amado, la mujer que está ahí para recibirlo y que se supone que puede salvarlo, posee o debería haber poseído esa capacidad.

El comentario de 1914 sobre el bosque aparece en medio de distintos fragmentos narrativos que Kafka escribe el mismo día; uno de ellos, magnífico, sobre un caballo blanco, que sin embargo no lo debe de convencer y que se queda ahí, tranquilamente abandonado en el diario. Aunque probablemente es aún mejor el que corre el mismo destino y que presenta a un estudiante y una patrona en una pensión, sobre el que anota Kafka: “es más real que todo lo que he escrito en el último año”. El tercero tiene un comienzo arrollador: “Desde hace una semana mi vecino del cuarto de al lado viene todas las noches a luchar conmigo”.

Es posible que el combate espiritual al que alude Kafka esté directamente relacionado con estos intentos narrativos, esta lucha con la escritura, a cuya resolución se está acercando. Y que en este caso, por lo tanto, el bosque tenga un carácter más bien literario. Lo cual no invalida, ni mucho menos (desgraciadamente para Kafka), el carácter real del combate y la pertinencia de la imagen del bosque. El combate se estaba librando en realidad, ya se había entablado y tenía lugar en un terreno mucho menos simbólico que el de la escritura. De ello da muestra el mismo diario de Kafka, la trayectoria que describen sus anotaciones, los hechos que éstas re-



Frank Auerbach: *Estudio para 'Primrose Hill'*.

flejan y los extraños acontecimientos que quedan incrustados en la página en blanco.

El bosque es algo más que una imagen literaria: es, en efecto, el terreno donde se va a librar el combate. Aunque por el momento se puede hacer esta precisión: si pensamos en ese terreno, si tenemos una idea más o menos aproximada de lo que es y lo que pue-

de llegar a suceder allí, entonces todas las imágenes literarias se quedan cortas y son como un juego de niños. Incluso la que algunos escritores (como Lowry) emplean, sabiendo muy bien lo que dicen y siendo plenamente conscientes de que están haciendo un uso legítimo de ella: el infierno. Las imágenes, las palabras, no aciertan más que a sugerir lo que sólo una experiencia inenarrable sabe bien lo que es. El bosque es una imagen que alude a lo que está antes de ella y de toda imagen; antes, incluso, de la vida, en el sentido aceptable de esta palabra; antes que cualquier palabra, de modo que en el momento en que se convierte en una palabra se transforma al mismo tiempo en literatura.

= **Lejos-de-aquí.** En la anotación sobre las *poderosísimas fuerzas negativas* apunta la posibilidad de irse a Berlín; incluso parece convencido de que va a hacerlo,

o de que al menos puede hacerlo. El sentimiento de abandono que lo posee es tan fuerte que ya da por perdida la relación con Felice (lo que cambiará en el momento en que llegue la carta de Felice, porque Felice le escribirá,

“El combate se estaba librando en realidad, ya se había entablado y tenía lugar en un terreno mucho menos simbólico que el de la escritura. De ello da muestra el mismo diario de Kafka, la trayectoria que describen sus anotaciones, los hechos que éstas reflejan y los extraños acontecimientos que quedan incrustados en la página en blanco”

probablemente ya le ha escrito, sólo que la carta todavía no ha llegado, va de camino mientras él se encuentra invadido por algo que tiene que ver con esas fuerzas poderosísimas). Aparece entonces la idea de irse a Berlín y trabajar allí como periodista, idea en la que se cifran la libertad y la independencia.

En aquellos momentos, esa idea es más un sueño que una esperanza. Aún estamos en 1914. Durante cierto tiempo la huida a Berlín se mostrará en todo el esplendor de su carácter quimérico, como algo, por el momento y de un modo casi diabólico, fuera del alcance. Sin embargo, por otra parte la idea está unida a una secreta determinación. La meta está trazada. Se refleja en Berlín, pero Berlín no es la meta. La meta es salir de allí. Berlín es salir de allí. La manera, al parecer, más accesible de hacerlo.

“Lejos-de-aquí”, ésa es mi meta”, afirma el protagonis-

ta de un pequeño fragmento narrativo que Kafka escribe hacia 1922, fecha en la que estaba mucho más cerca que en 1914 de alcanzar la meta. La cual seguía siendo la misma que en aquella temprana fecha: *Lejos de aquí*. Esta

expresión tiene, en Kafka, un carácter casi mítico, constituyendo, por otro lado, un asunto que a cualquier otra

persona puede parecerle hasta ridículo. Sin embargo, las cosas no son lo mismo para cualquier otra persona que para alguien que se ve presa de “poderosísimas fuerzas negativas”, sobre todo si éstas no son el efecto de una blanda educación o las malas costumbres, ni el producto de la impresionabilidad o de un carácter susceptible, ni, sobre todo, representan la victoria de la pusilanimidad.

“Ordené traer mi caballo del establo. El criado no me entendió. Fui yo mismo al establo, ensillé el caballo y me monté en él. Oí una trompeta a lo lejos, pregunté al criado por su significado. No sabía nada ni había oído nada. Me detuvo en el portón y preguntó: ‘¿Adónde cabalgas, señor?’. ‘No lo sé’, dije, ‘lejos de aquí, lejos de aquí. Siempre lejos de aquí, sólo así podré llegar a mi meta’. ‘¿Así que conoces tu meta?’, preguntó. ‘Sí’, respondí, ‘acabo de decirlo, Lejos-de-aquí, ésa es mi meta’...”